

la vista, terminó de imprimirse en Dijon el mes de junio de 1923, si bien el "copyright" de la Librería Gallimard es de 1924. Como añadidura, Paul Morand, en su libro *Papiers d'identité*, consagra un artículo, fechado en 9 de noviembre de 1924, a Saint-John Perse. Y en él dice: "Progrès du poète jusqu'à son ordre parfait dont *Anabase* publié l'an dernier, est l'expression". No creo, pues, que haya duda respecto a la prioridad del poema de Alfonso Reyes.

Juan José DOMENCHINA.

Hoy, México, 22 y 29 de junio de 1940

AQUELLOS DIAS

(1917-1920). Prólogo de Alberto Gerchunoff.

Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1938, 180

págs.

Libro de crónicas escritas entre el 17 y el 20 que, a pesar de lo que Reyes nos dice en su prefacio, no han envejecido. Las calidades humanas y literarias del mexicano hacen de él "un libro de cronicidad"; lo convierten en "un testimonio de historia", como apunta en su sagaz prólogo Alberto Gerchunoff. En sus brillantes observaciones sobre el sionismo, en su palpitar con la vida española ya cargada entonces de trágicos augurios, en su buceo por los acontecimientos de toda Europa, Alfonso Reyes ha hecho mucho más que periodismo. No sólo hay en ellos la suavidad y la gracia que caracteriza la producción toda del autor, sino también ese conocimiento sociológico y esa preparación económica (que poco se ha señalado en su obra), que proceden de la Escuela de Jurisprudencia de México —de la que Reyes fué alumno de primera— y que él ha tenido el gusto de presentarnos siempre envueltos en las flores del buen estilo. Enfrentado con cualquier problema jurídico, Reyes no ha dejado que lo gane la pedantería ni la pesadez de los dómines y los sectarios. Desde luego que los artículos que más llaman nuestra atención son los referentes a España. Nunca sobraría repetir que la mejor calidad de Reyes está en su amor y su sabiduría por cuanto al mundo español de España y al mundo español de América se refiere, lo que le ha dado una sensibilidad y un criterio completos. La frecuente visión parcial, media, muti-

lada, con el estorbo del rencor para España o del desprecio para América, es siempre ejemplarmente superada por el mexicano.

Andrés IDUARTE.

Columbia University.

(*Revista Hispánica Moderna*, Año VI, Julio y Octubre, 1940, núm. 3 y 4. Hispanic Institute, Nueva York, Instituto de Filología, Buenos Aires).

NOTE ON ALFONSO REYES

Alfonso Reyes is the Hispanoamerican man of letters perhaps most universally respected and loved by all countries, all generations, all political camps (except the Fascists) in his world. This recognition by a continent and a half torn by literary factions has been won without compromise by never hurrying the ripe maturity of his expression and by a lifetime of sensitive encouragement of every fresh poetic voice in his language. Reyes was born in Monterrey, Mexico, in 1889, the son of a General in the army of Porfirio Diaz, in spite of which he sided in 1910 immediately with the Revolution of Madero. His talent as a poet was recognized early, and successive governments kept him abroad in the diplomatic service of his country. In Madrid, Paris, later as Ambassador in Rio de Janeiro and Buenos Aires, he did more than any other single man (except perhaps José Vasconcelos, also a Mexican) during the period between the world wars to foster close cultural relations between the Spanish speaking republics and Brazil. He distinguished himself, as he grew older, despite the classic perfection of his own work, as the champion of the younger generations of revolutionary poets. Reyes is one of the finest of living literary critics and belongs to the top flight of poets in his language (by far the finest company of poets in the world today). His prose *Visión de Anáhuac*, a portrait of the Aztec city of Tenochtitlán on the eve of its capture by Cortés (it is now Mexico City) has been called by Gabriela Mistral the finest single piece of Hispanoamerican prose. His studies of Góngora and other classic writers of Spain are themselves classic. But his preeminence is as a poet. Reyes belongs to the Hispanoamerican writers who stress their Latin rather than their Indian origin. On this account he has been called a classicist. But the temperament of Reyes is profoundly American, and Mexican: which means that the Indian element is not lacking. Nowhere is this more manifest than in

his poetic drama, *Ifigenia Cruel* (1924), in which he succeeds in transfiguring without deforming a classic theme in order to express a deeply American vision. This continuity from classic roots to the modern soul of Mexican America makes Reyes one of the literary masters of American letters.

After the fall of the Spanish Republic, Alfonso Reyes was recalled from his diplomatic career in which he had so well served the culture of Greater Hispania (which includes Brazil), and placed by President Lázaro Cárdenas at the head of the Mexican Casa de España, whose function it was to serve the needs of the Spanish intellectual refugees.

Waldo FRANK.

The Nation, New York,

29 de Marzo de 1941.

ALFONSO REYES, HISTORIADOR DE LO INMEDIATO *

Un libro más de Alfonso Reyes no es nunca "un libro más". De todos los suyos pueden sacarse enseñanzas, y existe tal cohesión entre los mayores y los menores, entre los de una época y otra de su producción literaria, que en ellos parece darse, una vez más, lo que a propósito de la obra cumplida de algunos escritores se ha señalado: que tomados aparte, sus libros son fragmentos de una sola, cuya unidad sólo el tiempo aclara y manifiesta. "Fragmentos de una confesión general", dijo el gran poeta alemán de los suyos. En estos del mexicano casi podemos ver otro tanto, ya se trate de temas íntimos o de trabajos de divulgación, como lo son algunos de los reunidos en el volumen recién dado a las prensas con el título de *Pasado inmediato y otros ensayos*. Aquí se nos confiesa Alfonso Reyes en sus principios y en sus predilecciones, en sus tareas de oficio literario y en sus amistades, ganadas en la práctica de éste, recordando a los maestros y a los compañeros de ruta, fijando con unos cuantos rasgos vivos imágenes de transeúntes fugaces o fisonomías de perdurable recuerdo.

En uno de esos capítulos, *El reverso de un libro*, Alfonso Reyes habla, al parecer, más de sí, explicándonos la formación de los que forman otro libro anterior publicado por la Casa de España en México. Pero, en realidad, no es sólo el interés que tendría la génesis de aquellos trabajos lo que en éste a primera lectura nos atrae: el subtítulo, *Memorias literarias*, es más expresivo. Son, en efecto, memorias de un tiempo apenas ido, y en sus breves apartados se encuentran curiosos pormenores de la vida intelectual en distintos medios, aquéllos porque el autor hubo de pasar, abriendo bien los ojos, y atento, a la vez que a sus labores y estudios, a los hombres con quienes guardaba contacto diario. Yo dudo que puedan encon-

* Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*. México, El Colegio de México, 1941.

trarse en parte alguna semblanzas mejores de eruditos como Francisco A. de Icaza —“heredero de la deslumbrante tradición del General Vicente Riva Palacio, figura de renacentista en quien revivían y bullían juntas las mejores maneras del Madrid literario a través de todas las épocas”—, o como Raymond Foulché-Delbosc, que en la *Revue Hispanique* roturó tantas tierras aun sin cultivo en los campos fecundos de las letras españolas y americanas; semblanzas mejor trazadas, digo, que las que se animan con calidades de retrato magistral en *El reverso de un libro*. Improvisaciones humorísticas olvidadas o casi desconocidas, de autores olvidados o desconocidos también; pero, en ocasiones, de personajes que han logrado suma popularidad (por ejemplo, alguna de Paul Morand) amenizan el texto de Alfonso Reyes, ya de suyo inteligente e incitador a la lectura seguida.

Otro de los trabajos, llamado *De poesía hispanoamericana*, no conocido hasta ahora en su texto original, y escrito para ser publicado en inglés, nos da más de lo que promete. Es el boceto de un cuadro al que no le falta más que llenar de color, apurar de dibujo, paisaje y figuras, para tener un tratado completo de lo que aquí se esboza en pocas páginas, que nos aportan una idea clara y total del movimiento poético en el continente americano, entre los países de habla española. Huyendo de la acumulación de nombres y citas, a que un “panorama” de esta clase siempre se haya expuesto, el autor ha preferido señalar tendencias, comunes o particulares, e ir destacando las figuras esenciales, a sabiendas de lo que omite, no por desdén, sino para reducirse a los términos que se propuso. Un solo reparo se le podría oponer: el de haberse ceñido a lo rigurosamente contemporáneo, desde los tiempos del Modernismo, movimiento en que “la literatura hispanoamericana cobra verdadero relieve y logra conquistar su sitio en el sol”. Nos hacemos la ilusión de un panorama tan vasto que se extendiera, con la misma exactitud y economía, a los tiempos todos de las letras americanas: ¡cuán útil sería para la generalidad de los lectores, solicitados más urgentemente por otras disciplinas, un prontuario concebido y realizado

así! Ya en éste, dentro de sus límites, hallarán lo indispensable para estar, como quien dice, “al día”, en materia tan importante para la cultura general. Pero si Alfonso Reyes se quedó en nuestra época, fué porque todo su libro tiene este interés: por algo se llama el *Pasado inmediato*, título que si designa más especialmente el estudio inicial y más extenso, bien pudiera decirse pensado para todo el volumen. Y aun ciertos otros capítulos de él, como los consagrados a Justo Sierra, a Genaro Estrada, a Luis G. Urbina, pueden considerarse como desarrollos de aquel estudio principal.

¡El pasado inmediato! Los historiadores que miran al pasado lo ven casi siempre en lejanía, remoto; los cronistas no solían mirar al pasado, sino al presente, anotando día por día sus adquisiciones de saber y experiencia. El pasado inmediato, lo que ya no es hoy y apenas se está volviendo ayer, es más difícil y oscuro, se presta a confusión, por inconscientes pretericiones o descuidos de la suerte, por involuntarios partidismos. Urge, sin embargo, reunir cuantos testimonios puedan encontrarse del “pasado inmediato” para, con ellos, fijar el carácter de una época que, estando viva en nuestro recuerdo, o en potencia de confrontarse con el recuerdo de otros en quien pueda persistir con mayor detalle, será, dentro de poco, pasado oscuro. ¿Qué influencia pudieron tener en las generaciones recientes figuras de las cuales apenas queda sino el nombre? ¿Cuáles fueron los contemporáneos menos favorecidos por la gloria que aquellos hombres cuyo resplandor aún nos ofusca a través de los días?

El movimiento de personajes de toda importancia que le sirve a Alfonso Reyes para darnos, en ese estudio, una imagen viva del México de hace pocos años, con sus aspiraciones y sus realizaciones, con sus métodos y sus tanteos, nos da un acabado modelo de lo que es historia de unos tiempos quizá menos palpitantes para el lector que aquéllos de los grandes imperios, trazados por la elocuencia del historiador a la antigua o rastreados por el cúmulo de observaciones, despojo de documentos empolvados y minucioso papeleteo del historiador a la moderna. El que haya pertenecido a los tiem-

pos evocados en ese estudio por Alfonso Reyes, y mejor todavía, el joven que sólo ha visto sus resultados y conocido de fama o por lectura, es decir, parcialmente, a sus hombres, o el extranjero, para quien el juego de influjos y reacciones es difícil de establecer, atendidos como se ven a las meras obras realizadas, hallarán aquí una clave que les iluminará de pronto la época entera. La lectura de este estudio es, a mi parecer, indispensable para entender como es debido una de las fases más próximas a nosotros — una fase “inmediata” — del espíritu mexicano; y todavía más: para ver con qué arte de selección, con qué fuerza intuitiva un escritor puede resucitar un tiempo del cual aún quedan testimonios vivientes que podrán tener también por su parte una imagen vivaz del “pasado inmediato”, pero que no han llegado a darle forma escrita, capaz, como la que nos ofrece este libro, de añadir formas y perfiles a nuestra curiosidad de hombres civilizados, capaces de sentir con plenitud el tiempo reciente, viéndolo, no como vaga memoria, sino en su realidad histórica.

Enrique DÍEZ-CANEDO

El Noticiero Bibliográfico.

México, II, 48, octubre de 1941, pág. 1-4.

FRAGMENTO SOBRE ALFONSO REYES

Encuadrado en el mismo marco que los anteriores, Alfonso Reyes, el Benjamín, no tardaría en elevarse. Y pues su trayectoria —creo yo— ofrece un poco frecuente interés, sigámosle a través de ella con el mayor cuidado. No esperemos encontrar ampulosidad ni estrépito. Reyes no ha buscado jamás una aureola de oropel que ilegítimamente lo corone. A semejanza de aquel personaje de Tolstoi, que desdeñando las hachas de oro y plata que no eran suyas, pedía al genio de las aguas su modesta hacha propia, él nunca se atrevió a pedir a sus renglones sino el mérito que por derecho le correspondía. Claro que a la postre —y aquí la semejanza con el mujik de la leyenda persiste —la gloria y el honor le fueron concedidos: “para recompensarle por su honradez, el Espíritu de las aguas le regaló el hacha de oro y la de plata”.

Formose Reyes al amparo bienhechor del Centro de Estudios Históricos, de Madrid, donde Ramón Menéndez Pidal, a fuer de maestro, daba impulso hacia la fama más envidiable a los dignos humanistas españoles: Américo Castro, Navarro Tomás, Onís, Solalinde... París —cuna de su primer libro— y Madrid —escuela sin par de su talento— fueron para él, embajador del Nuevo Mundo, puntos geográficos y sentimentales definitivos. Sin embargo, el principio, la arcilla fundamental, se lo había dado México: el México del primer Ateneo de la Juventud.

Las *Cuestiones Estéticas* datan de este crepúsculo inicial. Su verdadero carácter es el de una acertada recolección de primicias, que no por tales dejan de ser asombrosas. En ellas salta a la vista la deliciosa influencia del ensayo wildeano, junto al tenue soplo de Remy de Gourmont y el lejano cuchicheo intelectual del más íntimo Goethe. No esconde el libro —vuelve a afirmar García Calderón— el vagar perezoso del diletante, sino las etapas progresivas de un artista crítico. Artista crítico, sí; y lo uno sin menoscabo de lo otro. Artista en la forma y en el sentimiento, en la sustancia ele-